

## TIMMY

Fran Camacho

*La aceptación es por lo general un  
asunto de cansancio más que de otra cosa*

David Foster Wallace

La noche en la que Timmy llegó a casa, la chimenea olía a carbón. No era nuestra costumbre asar la carne allí, pero no se podía salir afuera. Hacía quince días que no paraba de llover, todo continuaba enfangado, la madera se había cubierto de verdín y estaba tan húmeda que tardaba en prender.

El sabor del novillo era extraño, posiblemente porque había muerto de esa enfermedad que cogen algunos en las zonas más frías de Waterton Lakes, quizá porque había nacido enfermo.

Nos quedaba una vaca para la leche hasta que llegase de nuevo el invierno.

Timmy chupeteó los huesos y las partes que no pudimos comernos, luego se puso a dar vueltas alrededor de las esteras que había en el salón y comenzó a saltar junto a Karem.

Karem no le hizo caso.

Karem se quedó frente al fuego, con sus ojos de color miel mirando la llama que salía de las piedras de carbón.

Silbé y el perro vino detrás de mí. No había escampado, pero la lluvia era muy débil. Me puse las botas antes de salir y fuimos hasta el granero. Lo sentí ladrar y moverse por la paja que había en el suelo. Cuando encendí el farol, vi a las gallinas revoloteando de un lado a otro. Les costaba levantarse del suelo, el agua de las goteras había mojado sus plumas y se desplazaban con torpeza.

Una gallina tiró un rastrillo y el palo cayó sobre el lomo de Timmy. Lloriqueó y vino corriendo hacia mí. Era pequeño y no costaba tenerlo en brazos; un Braco de Weimar no pesa más de tres kilos cuando es cachorro. Acaricié su pelo gris y me miró con sus ojos azules como si lo hiciera a través del agua cristalina de un río. Sacó la lengua y acaricié sus orejas.

Lo había elegido por varios motivos: era un gran cobrador y me ayudaría a traer las piezas (no era sencillo abrirse camino entre tanta maleza para ir a por la carne); también lo había elegido porque el último viaje de River había sido precisamente a Alemania. Quizá era la única manera de traer algo suyo de vuelta.

*No podrás entrar aquí solo, ¿me oyes?*

Seguía con la lengua fuera y en la palma de mi mano notaba el corazón latiendo rápido entre las lamas de sus costillas.

Tendría que cercar parte del granero y tener a las gallinas controladas, Timmy podía tardar unos dos meses en tener la envergadura suficiente que le permitiese acabar con ellas.

Y así fue, cuando entró la primavera, lo encontré con el hocico a punto de abrir el granero. Nos habríamos quedado sin huevos por una larga temporada si no llego a tiempo, porque en abril, Timmy ya tenía fuerza para acabar con varias gallinas en cualquier descuido.

Recuerdo que esa mañana la escorrentía de los glaciares era una gran lengua azul que lo mojaba todo. Había creado un charco sobre nuestro huerto, era como un arrozal inundado y las patas de Timmy dejaron marcas húmedas en la puerta del granero.

Recuerdo que esa mañana creí que Karem no volvería a intentarlo.

Todavía no quería salir de casa, me costaba mucho trabajo convencerla para que lo hiciese. Yo le decía que era imposible encontrarse con nadie. Ni siquiera en el último tramo del lago, ni más allá, en la pequeña cascada del río, solía haber gente. Vi las fotos de esta parte del Parque Nacional en una revista cuando todavía vivíamos en Edmonton, pero el hecho de que no se pudiera acceder en coche limitaba mucho las visitas. Solo los

fines de semana llegaban algunos turistas en avioneta.

A veces le llevaba flores y luego le pedía que viniera conmigo a pasear.

Son para ti, no las eches en agua.

Me daba un beso en la mejilla y las ponía en un cuenco de madera junto a una de sus fotografías, luego iba hacia la parte trasera de nuestra cabaña y dibujaba con sus dedos una cruz en la tierra.

A la vuelta no se molestaba en lavarse las manos, y debajo de la tela del reposabrazos del sillón, se podían ver las marcas de fango, justo a la altura en la que caería su índice si lo apretaba con rabia.

Cuando conseguía que viniera al lago, no decía nada por el camino. Para ella, caminar por el sendero que llevaba hasta él, era como hacerlo por la superficie de la luna, como si su cuerpo no pesase y la tierra no tuviese que sujetar sus cincuenta kilos. Si se movía un poco de viento, el pelo se extendía alrededor de sus hombros y eso le daba un aire lleno de vitalidad que con el paso de los meses había perdido.

Cuando regresábamos, encendíamos los leños y Timmy se acurrucaba con el lomo en sus empujes. Ella dibujaba las llamas con carboncillos que había extraído de la chimenea y mientras tanto yo preparaba algo de comer.

No era difícil conseguir animales, sólo tenía que decidir si coger la caña o sacar la escopeta. Timmy se encargaba de traer las piezas si no eran demasiado grandes. Resultaba bastante más complicado sacar adelante cualquier fruto del huerto que coger diez kilos de salmón un día de temporada.

Siempre que llegaba el buen tiempo, era mucho más agradable ir a pescar salmones que acabar de un disparo con un venado. Me podía llevar horas frente al río y cuando llegaba a casa, lo hacía cansado. La caza, en cambio, no nos ocupaba más de media mañana.

El único inconveniente de ir hasta el río, era que Timmy no se llevaba precisamente bien con la corriente. Venía conmigo porque no tenía más remedio, me protegía de los osos. Había aprendido a distinguir sus ladridos continuados y agresivos

si veía merodeando algún grizzly por allí. A veces, si se trataba de un oseño, no dudaba en intentar atacarlo y tenía que sacarlo del apuro disparando al aire.

Timmy era un perro fuerte, pero el zarpazo de un oso, por pequeño que fuera, lo habría tirado al suelo. Podría coser su pellejo si la herida resultaba superficial, pero si era profunda no podíamos contar con un veterinario.

No debía dejarlo pelear, él me necesitaba a mí tanto como yo a él.

Tenía una naturaleza inquieta y si pasaba un tiempo a mi lado sin tener que hacer nada, pronto comenzaba a dispersarse entre la maleza o en el mismo río. Si había lluvias recientes la corriente lo arrastraba. En un par de ocasiones tuve que sacarlo poniendo en riesgo mi propia vida.

Solo lo veía calmado cuando reposaba a los pies de Karem.

Karem se negaba a venir a pescar con nosotros y pasaba los días en el salón dibujando con carbonillos el fuego. Era incapaz de fijar en el papel algo tan cambiante como las llamas que se producían, pero no tenía ningún problema en hacer quince dibujos en una misma tarde.

Cuando Timmy y yo llegábamos, preparaba el pescado en la chimenea, Karem nos miraba desganada, y seguía pintando el fuego. No tardaba más de diez minutos en terminar de comer y en quedarse de nuevo junto al fuego mirándolo como si escondiese algo que solo ella podía ver.

Si dejaba caer su mano por el reposabrazos, Timmy aprovechaba para meter el hueso plano de su cabeza entre sus dedos.

En verano, la temperatura era parecida a la de la ciudad y Timmy y yo salíamos a pasear. No podíamos congelar animales, nos alimentábamos de la caza y del salmón que habíamos ido ahumando durante el invierno y la primavera. También recolectábamos frutos de los árboles cercanos. En eso consistían nuestras tardes: caminábamos durante horas buscando frutos, llegábamos a casa después de hacer unas ocho millas. Teníamos tantas ganas de dormir que nos echábamos en el salón, yo lo

hacía en el sillón y Timmy se quedaba a los pies de Karem.

Karem seguía frente a la chimenea, no estaba encendida y ahora dibujaba la caja de cristal que la cubría con unos troncos secos en su interior.

Deberíamos ir al lago. Estaría bien.

No decía nada.

Era cuestión de tiempo. Tarde o temprano volvería a estar con nosotros. Llevábamos dos años sin River, medio en la ciudad y el resto recuperándonos en el bosque. Los inviernos eran duros pero el verano nos permitía salir a pasear a diario.

Encontré a Timmy sobre el cuerpo de un osezo, debía de pesar unos veinte kilos y tenía el cuello abierto y desangrado en la hierba. Era un ejemplar demasiado pequeño para andar solo tan cerca de la cabaña. La osa debía estar rondándonos.

La temperatura de quince grados descomponía las vísceras en la hierba. Buscamos por la zona: el granero estaba intacto, las gallinas en la zona fresca, y un par de ellas, cluecas bajo el sol que entraba por las lamas del techo en el gallinero. Todo estaba tranquilo. Decidí ir a pescar.

Nos gustaría que vinieses, la corriente es débil, no llueve desde hace un mes y podremos darnos un baño. Además, puede que haya una osa cerca de la cabaña, no estarás segura aquí.

Karem se acercó, me dio un beso en la mejilla y acarició el cráneo aplastado y grisáceo de Timmy.

Está bien, dijo, pasaremos.

Era lo primero que le escuchaba decir en mucho tiempo, desde que me gritó cuando la saqué de la bañera en Edmonton.

Seguía caminando ingrávida, sus pasos parecían asentarse diez centímetros por encima de la hierba y su pelo, hasta la cintura, no se movía ni cuando caminaba.

Llegamos hasta el río, era una zona en la que el agua no cogía mucha fuerza y

había un pequeño atraque para embarcaciones recreativas.

Lancé las cañas.

Timmy estaba a su lado, no se movía.

Deseaba que no apareciera un grizzly, que no ocurriera ningún incidente y que repitiéramos el paseo cada semana hasta que entrase el otoño.

Karem se levantó y fue hacia la dársena, a pesar de su ligereza, el muelle se movió a un lado y a otro del río.

No había barcas.

Se desnudó antes de entrar en las tablas de acceso. Dejó caer el vestido sobre la baranda e hizo crujir los maderos bajo sus talones.

Llevaba meses sin verla desnuda y su anatomía huesuda resultaba espeluznante, no tenía carne en sus glúteos.

No sentí deseo, solo la compasión me daba ganas de abrazarla.

Timmy la siguió.

Karem se metió en el río y se dejó arrastrar corriente abajo. Timmy se volvió y ladró. Me acerqué a la orilla y la vi desplazarse en dirección opuesta a las faldas de las montañas.

Timmy comenzó a ladrar como cuando veía a un oso. La corriente no era fuerte, había sacado a mi perro del río cuando el agua bajaba con más violencia. Karem me miró e hizo un gesto de negación con la cabeza, corrí paralelo al curso del río, justo en la zona de más profundidad, agarré una rama caída de abedul y se la tendí antes de que llegara a mi paso. Karem me miró y volvió a negarme con la cabeza. La rama estaba justo a su altura pero no hizo ningún amago de cogerla.

La vi alejarse montaña abajo.

Timmy y yo fuimos siguiendo el serpenteo cristalino del agua; el sol se había despejado de nubes y el agua brillaba y creaba destellos a nuestro paso.

La encontramos a una milla, antes de los rápidos, en una estrechez que creaban

las piedras y una barriga de tierra que procedía de un desprendimiento. Se había quedado atrapada en unos troncos muertos y parecía un animal varado. Estaba boca abajo. La eché en mi hombro y chorreó agua desde su melena hacia mi cuerpo, luego, una de las veces que clavé mi hombro en su vientre vomitó un caño líquido, como para llenar una cubeta.

Al llegar a la cabaña la enterramos en el huerto, crucé sus manos en el regazo e introduje una foto de River entre sus palmas y su vientre muerto e hinchado. Hice una cruz con piedras en su túmulo y murmuré una oración.

Fui hacia el granero, abrí la puerta y solté a las gallinas, luego dejé que Timmy entrara.

Timmy ladró